

LAS CRUCES DE MAYO

PACO PEREZ- TRADICIONES SEVILLANAS

Inmersos en una nueva primavera llena de buenos recuerdos y con sabor a caramelo, nos adentramos buscando el caluroso tiempo del verano y con ello días de glorias, corpus, velá de Santa Ana, e incluso nuestro solitario agosto, con la Patrona Virgen de los Reyes. Todos ellos acompañados, en esta Ciudad tan dual, con la fiesta de los toros y en más de una ocasión, novilladas de promoción para alegría de la juventud. Ya hace muchos años que se siguen conservando estas tradiciones, días de ilusiones que renovaban las alegrías en el espíritu porque significan la recuperación de la memoria, el único legado que recibimos quienes no habíamos tenido la suerte de nacer en siglos pasados en familias de abolengos, hoy la fortuna se viste de actualidad para que todos los Sevillanos puedan disfrutar de tales eventos.

En mayo, cuando en las macetas renacían los colores y las flores inundaban los tiestos y disimulaban la escasez del barro frente a la cerámica de los patios señoriales, se limpiaba el patio, el lugar comunal donde se interpretaba la obra de la vida diaria, y los virtuosos, que siempre había quienes disimulaban su ociosidad con empaque de la colaboración, levantaban en el centro una gran cruz floreada y a su alrededor los vecinos participaban de la fiesta, de la mejor manera que les permitían sus labores y sus desalientos, cantando y bailando, comiendo y bebiendo en una socialización festiva pues cada familia aportaba lo que podía. Los niños jugaban al toro, todos se conocían y sabían de las estrecheces de algunos, incluso para el necesario sustento diario, se dispensaba a quienes no podían contribuir e incluso se les entregaba el resto de la comanda, siempre con la gallardía de no hacerles sentir la caridad.

Los chavales confeccionaban, con tablones, palos y restos de madera, imitaciones de los pasos que habían visto durante la semana santa, estructuras tan efímeras como frágiles. En las mayorías de las ocasiones se desvanecía y los infantes desandaban sus pasos y regresaban al corral de vecinos con la sensación frustrante de no haber cumplido su *estación de gloria*, después de tantas horas de trabajo, de rebuscar puntillas y tornillos con los que asegurar las andas, mientras que sus familiares intentaban consolarlos con algún refresco y merienda. Y aquel mismo día se conjuraban para construir uno, mucho más sólido y fuerte y al que ornamentarían con flores naturales mejoradas, "sueños de niños", ilusiones de pandillas que jamás se vieron completadas porque siempre, siempre la necesidad se superponía a las

quimeras. Pero se disfrutaba con aquellas construcciones que sacaban a la calle, sin más pretensión que la del disfrute y con el conmoción de los vecinos que debía soportar los redobles de un tambor de hojalata y la voluntad...como limosna.

En el ayer regresaron los inmediatos encuentros de felicidad llenos de sencillez. Sigo recordando el relato que mi abuela que hacía de las cruces de mayo de su juventud, que yo sentí y participé durante mi infancia. Sentirse dichoso porque un grupo de jóvenes, no mayores de catorce años, realizaban un ensayo con unas andas, que ya quisieran muchas cofradías poseer ese patrimonio, para sacar una cruz de mayo. Trabajaderas y capataces, mezclados cuya edad no sobrepasaba los cuarenta años, imponiendo un rictus de seriedad que ya quisiera el Silencio. Un equipo, resarciendo con sus acordes el espíritu costaleril. Por cierto, cuadrilla sin relevo, aguantando cada chicota y escuchando las voces de vecinos y paisanos como nos mimaban.

¿Hemos perdido esa tradición? Mucho me temo que en ello estamos. La tradición y esta vieja costumbre donde primaba la improvisación llena de alegría que venía de la mano de la magia, de la participación en la construcción del pasito. Les estamos sustrayendo la memoria que debíamos transmitir. Demasiada responsabilidad para quienes debieran participar de la distracción y el júbilo, de ser ellos los verdaderos protagonistas. Gracias a Dios quedan niños, pero quizás juegan a ser costaleros y no saborean infancia. Me gustan las tradiciones limpias, sin imposiciones ni imitaciones, que después pasa lo que pasa, porque se comienza a banalizar lo realmente importante. Mi generación puede decir que si sintió la pureza de la sencillez, llena de humildad. Aquellos días eran llenos de inocencia y de las tradiciones que me inculcaron. Sevilla y sus pueblos no pueden perder esta tradición. Pues desde estos calurosos días, es donde se forja parte de la historia. Toreros y novilleros con un mismo sentir a través de los años, adormeciendo estos sentimientos de por vida.